

AUSCHWITZ.- León Poliakov. Traducción de Alfredo Pastor Bodmer. Ediciones de Occidente. Colección Libros Tau. 200 págs. Barcelona, 1965.

"Auschwitz no es un sueño. Apenas hace una generación funcionaba en el corazón de Europa una industria destinada a suprimir pueblos enteros..." Las palabras iniciales de Poliakov en el prólogo de este libro estremecedor intentan centrar la atención de los lectores en el hecho histórico de la existencia de los campos de exterminio nazis, estudiando el funcionamiento y las condiciones de vida y muerte - del más famoso de todos ellos. No, no son pesadillas dantescas ni mitos fabricados por la propaganda judía los campos de exterminio. Lo que sucede es que la capacidad de imaginación de unos hechos tan descritos no permite reconstruir el magnicidio en todos sus detalles, ni concebir la organización casi perfecta de la "solución final" que los dirigentes del Tercer Reich pusieron en práctica.

Dentro del marco de esa llamada "solución final" del problema judío, que en principio decidiose a aplicar <sup>por</sup> el mando nazi a once millones de personas - aunque el plan general preveía ampliarlo hasta treinta millones-, los judíos debían ser trasladados al Este -Bohemia y Moravia+ y distribuidos en colonias de trabajo, con separación por edades y sexos, en donde las condiciones de durísimo trabajo, la escasa alimentación y los castigos y ejecuciones de los que no se sometieran, irían diezmando rápidamente a los reclusos. Bien, este fue el plan inicial, que luego las circunstancias de la guerra harían variar, puesto que si bien es cierto que el número de personas exterminadas no alcanzó la cifra inicialmente prevista -se calcula en seis millones el número de muertos en los campos de exterminio-, el curso desfavorable de la contienda enervó los ánimos de los responsables nazis, y las crueldades y torturas se acentuaron para no cesar hasta el último momento, casi como queriendo resolver el plan previsto a marchas forzadas, antes de la derrota final.

Es imposible ~~xxxxx~~ <sup>narrar</sup> en una breve crónica la cantidad de datos, estadísticas, testimonios y documentos que Poliakov ofrece en este terrible libro. Poliakov ha trabajado durante más de veinte años en el Centro

de Documentación Judía de París, cuyos archivos conservan toneladas de documentos sobre el genocidio perpetrado por los nazis, de una autenticidad irrefutable, que van desde las declaraciones de los supervivientes hasta los testimonios escritos y documentos gráficos obtenidos de los archivos nazis, sin contar con las actas de los Tribunales de Nuremberg. Siguiendo a vuelapluma el orden de los apartados que Poliakov examina, nos encontramos en primer lugar el método seguido para la captura y al traslado de los judíos a los campos de concentración. Una verdadera organización técnica de la delación y de las redadas, practicadas tanto en las grandes ciudades como en los pueblos y aldeas, no solo de Alemania, sino de toda la Europa invadida por el Tercer Reich. También perfecta la organización del traslado de los detenidos, que se efectuaba por ferrocarril, debido a su menor coste. Inimaginables, en cambio, las condiciones de estos traslados en tren, con los detenidos amontonados como reses en vagones de carga, sin ventilación, mal alimentados y sin más servicio sanitario que un tonel por vagón. Los caminos de Auschwitz, como los de los restantes campos de exterminio, dejaron un rastro de muerte, sufrimientos y locura, ya que un tanto por ciento muy elevado de los deportados moría antes de llegar a su destino.

Las selecciones de los deportados al llegar al campo se efectuaban en el mismo andén de llegada, ese andén que se abría con la cínica frase "El trabajo os hará libres". La economía de guerra obligó a los alemanes a aprovechar a todos los elementos útiles para el trabajo, entre los que se contaban los deportados que conservaban buen aspecto o fortaleza física al llegar a los campos. Un oficial de las SS y un oficial médico presiden el desfile macabro de los recién llegados, que son separados en dos grupos: el de los utilizables, que comprende los hombres de aspecto vigoroso y algunas muchachas, y el destinado a las duchas, es decir, a las cámaras de gas; para paliar el mal efecto de la selección efectuada, se les decía a los tachados de inútiles, es decir, a los viejos, enfermos, mujeres y niños, que debían proceder a desinfectarlos. Previamente se les hacía depositar la ropa, joyas, efectos personales y dinero que los deportados traían, de cuya entrega se les extendía cínicamente un recibo. Estas joyas, relojes, máquinas de afeitar y demás enseres pasaban a un enorme almacén, que en Auschwitz era lla-

mado "el Canadá", quizás por la idea del oro que amontonaba, cosa trágicamente risible si se tiene en cuenta que la mayoría de los objetos que guardaba eran peines, gafas, máquinas de afeitar, cepillos y hasta dentaduras postizas. Estos materiales se seleccionaban por equipos de detenidos y eran utilizados luego, de diversas formas, por el estado nazi. A estos objetos debe añadirse el almacén de pelo de los deportados, que eran rapados antes de someterlos a la cámara de gas, y que se empleaba para la fabricación de fieltro y tejidos especiales, y también el gran depósito de ropa usada, de cuya capacidad nos da idea una orden de distribución por el mando alemán de 825 vagones de ropa utilizable "recuperada" de los campos de Auschwitz y Lublin.

El empleo del gas para el exterminio de seres humanos comenzó a emplearse en la Alemania de Hitler en 1938-39, cuando los servicios de eutanasia de los enfermos mentales recurrieron a la asfixia mediante el óxido de carbono, procedimiento que luego se aplicó en los campos de exterminio de Polonia. Pero la envergadura de los gaseamientos hizo que se abandonara el óxido de carbono, de costosa obtención, para ser sustituido por un insecticida usado por el ejército alemán para la desinfección y el despiojo: el "ciclono B". Este insecticida, empleado en gran cantidad y en el recinto cerrado de las cámaras, producía la muerte por asfixia en menos de cinco minutos. Los testimonios de estos gaseamientos, recogidos por Poliakov, son espeluznantes, irrepetibles, lo mismo que el funcionamiento de los hornos crematorios: la capacidad de los cuatro grandes hornos de Auschwitz, a pleno rendimiento y funcionando ~~xxx~~ 24 horas, ~~xxxxxxx~~ permitía la incineración de ocho mil cadáveres diarios. Este complejo mundo kafkiano funcionaba a la perfección dentro de su terrible bestialidad. La burocracia del campo trabajaba a la perfección, se anotaban las "defunciones" y sus causas (falsas, naturalmente, pues en la mayoría de los casos se declaraba neumonía, edema pulmonar, crisis cardíaca o caquexia). Esta oficina, la Politische Abteilung, era algo así como el ministerio del interior del campo: pagaba confidentes para espionar a los detenidos, reprimía las tentativas de fuga, mantenía al día las fichas de los "deportados registrados", es decir, de los que no eran enviados a su llegada a las cámaras de gas, y ejercía las funciones de un Registro Civil. A los pasados por las cámaras de gas se les

colocaba en el borde de la ficha la indicación S.B. y la fecha y ~~la~~ causa de su muerte. S. B. significaba Sonder Behandlung, es decir trato especial, ~~significaba~~ punto este que solamente era comprendido por los SS y por aquellos detenidos que trabajaban en las oficinas. El apartado que trata de los experimentos médicos llevados a cabo en Auschwitz es particularmente sobrecojedor: experiencias sobre hermanos gemelos, realizadas por el Dr. Mengele, jefe médico del campo; experimentos y prácticas de esterilización mediante rayos X; pruebas de resistencia a la muerte por inmersión... Durante la guerra, Auschwitz se convirtió en el cuartel general de las investigaciones médicas del Tercer Reich.

Parece increíble que en un ambiente destinado a la destrucción física y moral de los deportados, en unas condiciones en las que el promedio de vida de los que se salvaban de las cámaras de gas y eran destinados a trabajos forzados era de tres a seis meses, pudieran algunos de los prisioneros tener la suficiente energía y valor para organizarse y formar grupos de "resistencia" a los nazis; así ocurrió, por ejemplo, con la organización de resistencia del Sonderkommando de los crematorios de Auschwitz, que a finales de 1944, desconectada del exterior y exacerbados <sup>los animos</sup> por el asesinato de 160 de sus miembros, que habían sido descubiertos, se ~~levantaron~~ rebelaron contra sus guardianes, volaron el horno crematorio IV y dieron muerte al Kapo alemán y a cuatro SS, hiriendo a otros muchos, antes de ser finalmente reducidos y eliminados.

Pero ¿cual era la mentalidad de los SS, de los organizadores y guardianes de esta terrible fábrica de muerte? La disciplina y la ciega obediencia a las órdenes de un mando enloquecido -Hitler, Himmler, Eichman y tantos otros- y la adhesión ferviente al credo nacionalsocialista, que establecía como uno de sus principales postulados la superioridad de la raza aria o indo-germana, condujeron a los SS a ejecutar los actos más bárbaros sin necesidad de pensar en su verdadero significado o en la justicia de la orden. Obedecer, fé ciega en el mando, superioridad de la raza... Detrás de tanta fraseología hueca, en el vacío mental de la ideología nazi, se produjo el fenómeno de conseguir subordinados que asesinaban y torturaban sin perder jamás la compostura, dentro del más clásico estilo prusiano. Hombres que no se detuvieron ante nada cuan-

do se trató de exterminar a los judíos, gitanos, presos políticos y enemigos del Tercer Reich, que rellenaban formularios detallados cada vez que debían aplicar una tortura, que mantenían al día sus archivos y ficheros, que, en la medida en que esto es imaginable, se dedicaban a embellecer los campos de exterminio, haciendo plantar árboles junto a los crematorios, que se habían puesto de acuerdo con los trusts alemanes- Krupp, Siemens, Union, Deutsche Ansrúsungswerke, I.G. Farben- para aprovechar el trabajo de unos hombres condenados a una muerte a corto plazo...

En cuanto al pueblo alemán, Poliakov intenta una explicación de cómo pudo aceptar estos hechos, que si no conocía en su cruda realidad, si podía imaginar perfectamente a través de la propaganda antijudía, de las detenciones masivas, de los relatos de algún SS, y sobre todo, del hecho que jamás se tuvo noticia de algún judío que regresara a su domicilio después de su detención, y en Alemania vivían más de dos millones de judíos... El primer Presidente de la República Federal Alemana, en un discurso pronunciado el 30 de Noviembre de 1952, al inaugurar el monolito conmemorativo de las víctimas del campo de Belsen, declaraba que había oído hablar de otros campos de concentración y exterminio- Dachau, Buchenwald, Oranienburg, y añade: "Pero faltaba Belsen en este catálogo del horror, así como Auschwitz. Esta observación no podrá servir de coartada a aquellos que gustan clamar: nunca supimos nada de esto. Porque sí supimos estas cosas..." A estas palabras de Theodor Heuss se puede añadir la moraleja de la socióloga alemana Hannah Arendt: "En el III Reich el mal había perdido el atributo por el que se le reconoce comunmente: el de la tentación. Muchos alemanes y muchos nazis, seguramente la gran mayoría, debieron conocer la tentación de no matar, de no robar, de no abandonar a sus vecinos a su triste fortuna (ya que no ignoraban, no hay ni que decirlo, el destino de los judíos, aunque fuesen numerosos los que desconociesen los detalles), de no ser cómplices de estos beneficios, utilizándolos en su propio provecho. Dios sabe que, a fin de cuentas, habían sabido resistir la tentación."